

Lo afectivo es efectivo

Cuentan de una gran empresa industrial que en cierta ocasión quería admitiese sus productos un cliente irascible y enemistado. No sabiendo los dirigentes de la empresa cómo hacerlo, le enviaron a un agente, aunque sin esperanza de éxito en su misión. Cuando he aquí que, al poco tiempo, vuelve triunfante el comisionado. Estupefacto, el gerente le preguntó: ¿Pero qué razones presentó usted para convencer a nuestro cliente? ¿Cómo pudo arreglárselas para explicarle algo más que ya no se lo hubiéramos explicado nosotros? El agente contestó sencillamente: Antes de visitar a nuestro cliente me enteré sobre qué era lo que más amaba, y me dijeron que su hijo. Pregunté entonces qué aficiones tenía su hijo, y me enteré de que hacía colección de sellos. Hablé largamente con el chico, intercambié sellos con él. Cuando su papá me identificó como el amigo de su hijo, coleccionista de sellos, fue él mismo quien me sugirió las circunstancias en que podría hallarse el arreglo. Y concluyó su relato: Antes que discutir razones, hay que ganar el afecto para que las puedan ver: lo afectivo es efectivo.

Hay una gran verdad en el fondo de esta anécdota. Y yo me pregunto si la gran figura de Juan XXIII no habrá realizado, en un orden de cosas muy superior, el mismo caso. Habrá pensado que empezar por el *amor*, suele ser un buen camino para concluir en la *amistad*. ¡Cuánto prevención, cuánto «alejamiento» afectivo había contra la Iglesia Católica en muchos ambientes de cristianos separados! Ante todo, amarles sinceramente, sencillamente, como quiere la caridad de Cristo; después vendrá entrar en contacto con ellos; de ahí «conocerlos» y «que nos conozcan». Al fin ellos mismos serán los que nos dirán: «¡Si es tan fácil acabar de entendernos para que nosotros entremos en la gran familia!».

Recuerdo aquella frase de Bergson, cuando se refería a las guerras entre naciones europeas, y lo que contribuiría a la paz... ¡conocer bien la literatura y los gustos de las otras naciones! «No puede uno despreciar o ser enemigo de aquel pueblo, cuya literatura conoce profundamente!»

¿No hay acaso en ello un gran fondo de verdad?

Sentimos más que nunca las ansias de que el mundo queme las etapas que le falta recorrer para que nuestros hermanos separados secunden los grandes designios de Dios. Ya un buen trecho en este camino se ha recorrido mostrando amor; conociendo lo bueno que tienen, y haciéndoles conocer lo bueno que tenemos.

Secundemos los designios de Dios colaborando para que El pueda efectivamente contener en su abrazo a todos. Y para lo «efectivo», cuenta mucho lo «afectivo».

No obstante, observemos también que es posible interpretar mal un gesto bueno. Cuando S. S. Juan XXIII hablaba con su lenguaje de «paz» — la «paz en la tierra» de su Encíclica — solía poner como una de las condiciones previas para la paz — la primera — la Verdad. No interpretemos el gesto de paz, como pacifismo; es decir, como la actitud del agnóstico, que considera como bien supremo «que le dejen en paz», es decir, «tranquilo», y a esto sacrifica todo lo demás. No es este un gesto de auténtica paz, ni fue nunca éste el de Juan XXIII. Inclinarsé ante el caído, ante el necesitado, con todo el amor y comprensión de quien sólo quiere su bien, no es una claudicación, sino al revés, la verdadera expansión del Bien en la Verdad.

Si alguien lo interpretase torcidamente, confundiendo «paz» con «comodidad», traicionaría el mismo espíritu que produjo aquel noble gesto; y entonces, en vez de decir que «lo afectivo es efectivo», habríamos de decir que lo «efectivo es lo afectivo», y esto último es falso: hay algo más que «afectos», ha de haber «hechos», «realidades», «deseo de Verdad», «recta conducta», «moción» del Espíritu del Señor; y esto no podemos olvidarlo, porque si bien es verdad que «lo afectivo es lo efectivo» en el sentido de que el afecto ayuda mucho, nunca será verdad que «lo efectivo sea lo afectivo», porque nunca se reducirá toda la realidad a esta zona periférica del mero afecto, sino que se requieren estratos más hondos de absoluta fidelidad a la Verdad, porque Dios es la Verdad, y sólo buscando la Verdad se halla a Dios.

Pero siempre ha sido así: cualquier gesto, por bueno que sea, siempre corre el riesgo de ser mal interpretado. Sin embargo, ¿será esto motivo para no hacerlo? Más bien diría yo que será motivo para que de nuestra parte sepamos tomarlo bien: ¡no comprometamos las grandes causas con los particularismos de modas de los intelectuales desorientados! El triunfo de la Verdad está muy lejos de ser un olvido de ella.

Olvidarla sería como si el gerente de aquella empresa de que hablábamos antes, después de empezar manifestando el afecto con una colección de sellos de correo, olvidase que no todo puede terminar aquí: ha de terminar sirviendo buenas máquinas, o alternadores, o transformadores eléctricos, a aquel cliente.

¡Cuidado! Una buena colección de sellos puede *ayudar* a que se establezcan lazos provechosos con un hombre: pero nunca *bastarán* los sellos de correos para que funcionen las máquinas, o los alternadores. Por favor, no confundamos el Bien supremo, radicado en la Verdad, con una colección de sellos de correo.